

ALGUNOS ASPECTOS DEL TORO DE FUEGO: EL TORO EMBOLADO DE MORA DE RUBIELOS

Francisco BURILLO MOZOTA
(Seminario de Arqueología
y Etnología Turolense,
Colegio Universitario de Teruel)

Uno de los acontecimientos populares que más matizan las fiestas de gran parte de los pueblos de Aragón, se centra en correr el toro, o en su sustitución la vaca por el menor coste económico. Existen distintas formas de hacerlo que podemos agrupar en: vaquillas, toro de sogá, encierros y toro de fuego. En los últimos años estamos asistiendo a un incremento de estos festejos, difundándose a lugares en los que, o no se han realizado nunca o hace años que se perdieron. El caso de Zaragoza capital puede ser significativo en este sentido, allí las vaquillas han sido uno de los puntos reivindicativos de las peñas en sus intentos de popularizar las fiestas del Pilar, llegando en 1979 a protestas públicas y manifestaciones contra el Gobierno Civil cuando éste se oponía a su realización, hasta conseguir, en su constante intento, que a partir de 1982 sea ya uno de los actos festivos de gran participación. El caso de Pina de Ebro, que en 1984 recupera el toro de sogá en la víspera de San Juan, habiendo ya desaparecido el siglo pasado, parece más bien englobarse en otro aspecto, como es la búsqueda de identidad y de diferenciación del pueblo, de exaltación de lo propio, y que en los últimos años encontramos en otras actividades como pueden ser los dances, reinterpretados de nuevo en localidades como Visiedo, Alloza, etc., aunque con problemas de continuidad por las especiales características que concurren en estos actos.

En el caso que nos ocupa de Mora de Rubielos nos encontramos que en los últimos seis años, coincidiendo con esa expansión y recuperación de lo que han entendido como propio y festivo, se ha podido percibir un inusitado desarrollo del toro de fuego, comúnmente denominado como toro embolado, y ello no sólo como celebración festiva sino convirtiéndose en un signo de identidad de la villa, así como motivo de potenciación económica de esta población,

empleándolo como elemento de atracción turística; pero antes de incidir en estos aspectos es de interés señalar las características de este festejo: El toro embolado, carece de estudios que se puedan considerar definitivos, aunque ha sido y es preocupación continua de programas de fiestas y noticias en los periódicos. Existen acercamientos al mismo como el realizado por J. Monzón (1984) desde la óptica de su vivencia y conocimiento de su villa natal, o el breve trabajo, que junto con un cortometraje en superocho realizamos el S.A.E.T. en 1981. Debe destacarse la aproximación antropológica de G. Marvin (1982) sobre la relación hombre-toro embolado en el caso concreto de Mora, realizada tras varios meses de encuestas y asistencia continua a distintas celebraciones, después de la experiencia proporcionada por su tesis doctoral realizada sobre la fiesta nacional.

La celebración del toro embolado consiste en colocarle un soporte, con dos hierros verticales en cuyos extremos se colocan dos bolas de material combustible. El toro corre por la noche, con las bolas encendidas, a lo largo de un espacio marcado por barreras, hasta que el fuego se apaga, siendo incitado durante el festejo por el público que asiste al mismo.

Actualmente el toro procede de ganaderías de reses bravas, y si bien en ocasiones no destacadas se adquiere en la existente en el mismo pueblo de Mora o en localidades turolenses próximas, en aquellas fiestas importantes, como las de San Miguel, se llega a comprar a ganaderías de renombre, que normalmente surten a las corridas oficiales de las grandes plazas de toros. Una legislación aparecida hace tres años, determina un cambio que obliga a la adquisición y posterior sacrificio del animal, desapareciendo de esta manera la costumbre de alquilarlos a ganaderías, que en algunos casos se ejercitaba. Sin embargo esta procedencia de ga-

naderías surgió en las últimas décadas, parejo al proceso de industrialización del campo y a la sustitución en la labranza del buey por el tractor. Cualquier persona de Mora que rebase los cuarenta años recuerda cómo se empleaban los mismos toros que se utilizaban en la labranza, alquilándolos para el menester de la fiesta, y devolviéndolos posteriormente a su ocupación habitual. Sorprendía y sorprende que un animal manso en su labor, al ser embolado adquiriera una gran bravura, siendo en algunos casos famosa y perdurando en leyenda a través del tiempo, volviendo a su mansedumbre habitual en el momento en el que se le devolvía a su faena agrícola. Aquellos toros se les considera que eran "toros de más poder", acostumbrados como estaban a soportar el peso del yugo.

Cuando el toro se guarda en el chiquero, esperando el momento de la fiesta, deben de prepararse las bolas, que posteriormente arderán sobre su testuz, y que al igual que tantos aspectos han sufrido una reciente transformación. Hasta mediados de la década de los setenta se formaba una mezcla de resina, trementina, aguarrrás, colofonia y poscopla, en la que, una vez caliente, se impregnaba tiras de cáñamo o estopa que, tras escurrirlas, se enrollaban en la cruz del yuguete, sujetándolas con alambres. De esta manera se formaban las bolas cuyo tamaño variaba según cual fuera la fortaleza del toro al que iban destinadas. La trama de alambres que sujetaban permitían que la bola permaneciera ardiendo hasta su total combustión, lo cual solía durar entre una hora y media y tres horas. La presencia de resina, en los componentes señalados, era la causa de que al desprenderse saltando en verdaderas gotas de fuego, hubiera necesidad de proteger al toro cubriendo su lomo con una capa de barro. Actualmente la mezcla ha cambiado, siendo la base cera virgen con petróleo, su buena combustión hace innecesario el ba-

ro, aunque su uso continúa y en ello tiene buena culpa el aspecto lúdico con que se aplica en el toril, pues con frecuencia en ese espacio cerrado a miradas ajenas, cuyo acceso es limitado, se suele prodigar del barro a propios y extraños, siendo licencia permitida y contribución ocasional a estar presente en acontecimiento del embolado.

El soporte de las bolas recibe el nombre de yuguete (fig. 1), como su nombre indica es una transformación del yugo empleado en la labranza, al que se ha individualizado y añadido dos barras de hierro coronadas por una cruz, sobre la que se realizará la bola. Antiguamente era de madera protegida y reforzada con hoja de lata, para evitar su combustión y deterioro

y se sujetaba al toro por medio de dos grandes abrazaderas que abarcan el yuguete y los cuernos. Este yuguete ha evolucionado hasta ser totalmente de hierro (fig. 2). Otro sistema distinto es el denominado "torniquete" o "embolado sobre punta de cuerno", comúnmente conocido como "sistema valenciano", formado por dos hierros independientes que acaban igualmente en una cruceta pero que se sujetan cada uno directamente al cuerno.

La persona encargada de fabricar las bolas es la responsable de colocarlas al toro. Para ello el animal es arrastrado con un lazo desde el chiquero al toril. La cuerda, de gran resistencia, atraviesa el agujero existente en un grueso poste, que se halla

hincado en el suelo, próximo a uno de los lados menores del toril. En el momento en que está sujeto con la cuerda se contribuye a inmovilizarlo agolpándose la gente alrededor del toro y agarrándolo por el rabo y los cuernos. Mientras tanto el embolador coloca las bolas, a la vez que se procede a hacer el barro en una caldereta y embaldurnar al toro (lám. 1). Llegado lo cual se deja al toro únicamente atado por la cuerda. Al aplicar el fuego a las bolas, el animal pasa por el momento de mayor tensión, ya que ve el fuego sobre él y no puede mover la testuz para liberarse del mismo, aumentando por lo tanto los movimientos del resto del cuerpo. Todo ello dura unos instantes, hasta que el embolador corta la cuerda y el toro libre, salta,

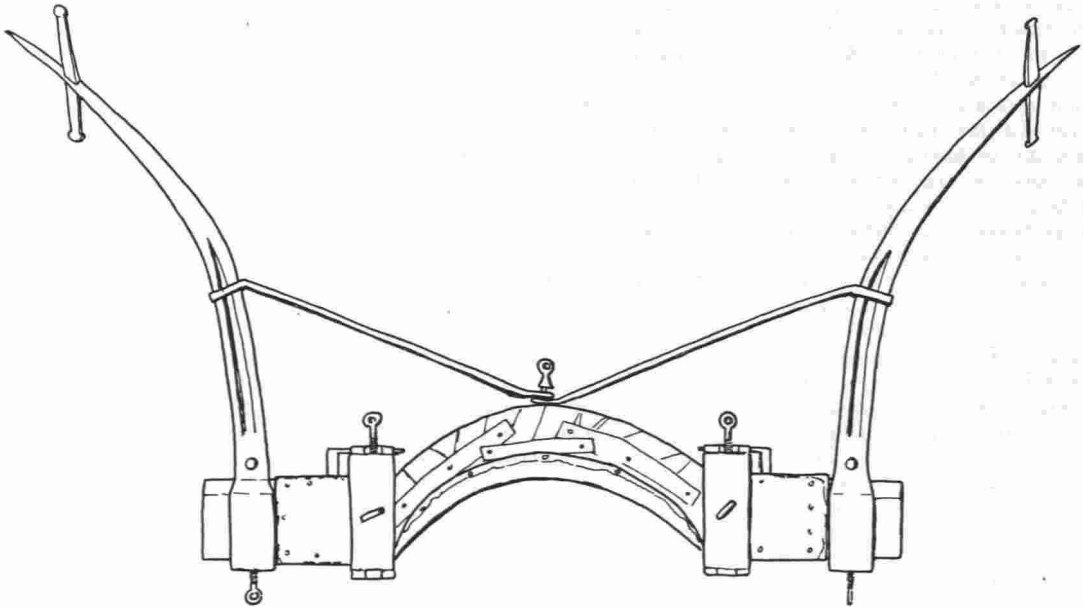


Fig. 1. — Yuguete de madera.

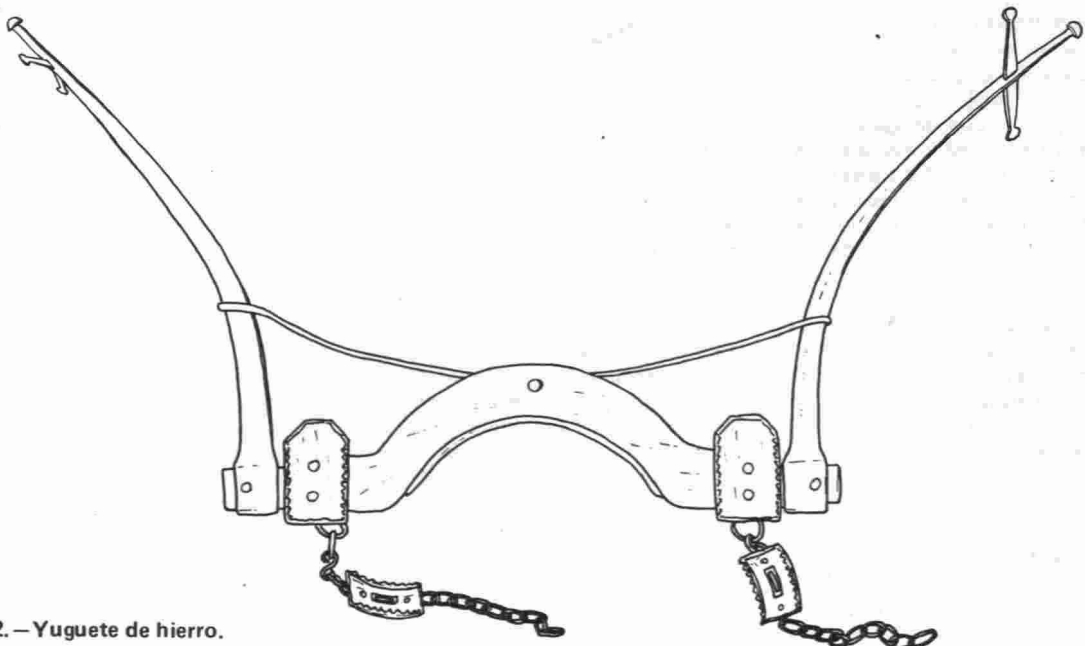
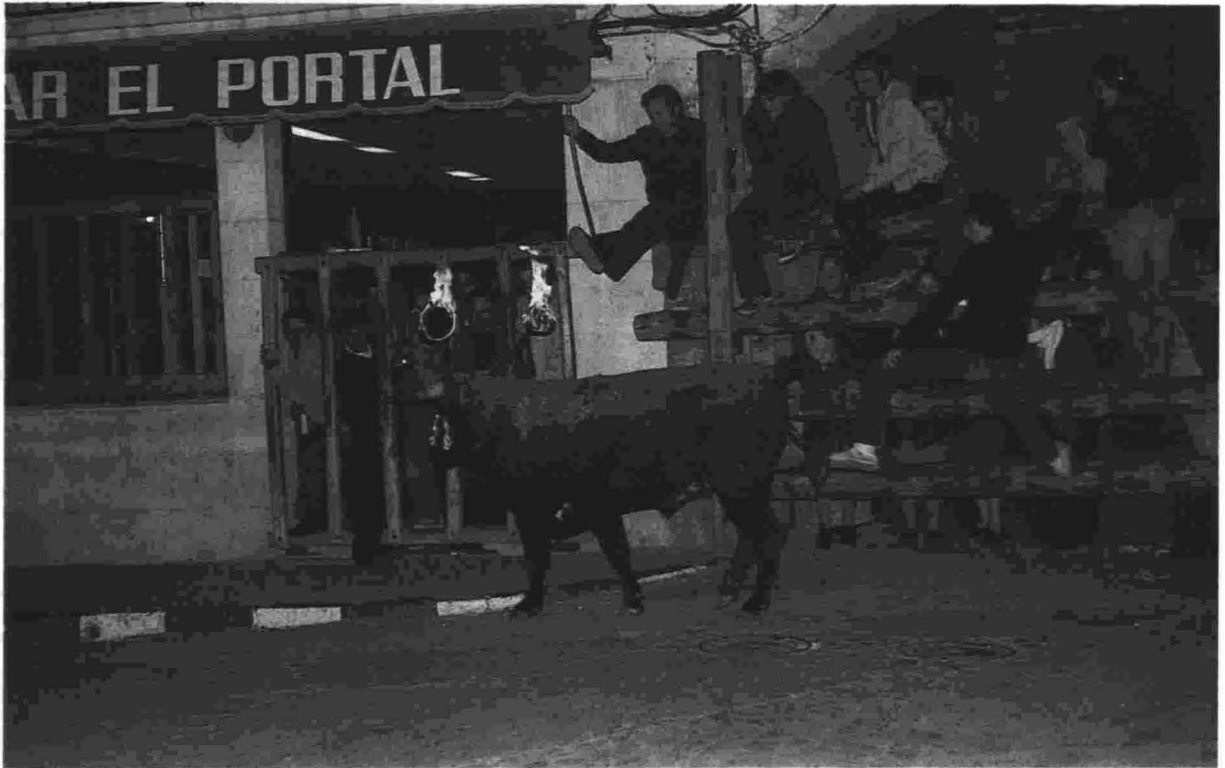


Fig. 2. — Yuguete de hierro.

muge y cabecea intentando librarse del fuego, mientras llegan a él las llamadas y azuzamientos de las personas que están en el toril. La puerta se abre y en la plaza espera expectante el resto del público citando al toro desde diversas distancias, esperando comprobar su calidad y si responde a lo que de todos ellos se espera, un comportamiento bravo. En pueblos vecinos como Rubielos de Mora o Alcalá de la Selva el acto de embolar es público, ya que el poste se halla en plena plaza.

El territorio por donde puede correr el toro corresponde a la plaza del pueblo y calles adyacentes (lám. 2), que han sido previamente protegidas con barreras construidas con troncos de madera, que se guardan de un año para otro y permiten su colocación rápida y segura. Las barreras que cortan las calles y que cierran las puertas, evitan que el toro salga del espacio limitado, y sirven para que la gente se apoye en ellas viendo las peripecias de la fiesta y dejando pasar a aquellos que vienen corriendo, huyendo del animal. No existe pues un sitio especial para este festejo, como pueden ser las plazas de toros, sino que el mismo espacio donde se desarrolla la vida pública y cotidiana del pueblo es el que se limita y se transforma, convirtiéndose en un terreno vetado a aquellos que no quieren jugar con el peligro. Los bares que dan a este espacio permanecen abiertos, resguardados entre rejas de madera

Mora: Toro embocado.



Mora: Toro embocado.

y siendo frecuentemente visitados para descansar y en algún caso buscar ánimo para continuar el festejo.

En este fiesta popular, al igual que otras frecuentes en nuestra geografía, no se prefiere la separación de la persona activa y los espectadores, como encontramos en las corridas oficiales. Aquí cada uno elige su papel, mediatizado únicamente por su deseo de participación o por la coacción que la sociedad pueda ejercer en algunos sectores de la población, en razón de su edad y sexo. Por otra parte a nadie se le obliga a que corra delante del toro, y su participación puede variar en varios grados, desde un riesgo total, acercándose lo más posible al mismo, a la protección de la barrera. En el antagonismo que se crea entre el hombre y el toro, existe un intento de demostración pública de valor por enfrentarse al animal, con riesgo incluso de ser corneado y quemado, pero a la vez de control. Sólo aquellas personas que no se dejan llevar por el pánico y no huyen sin motivo suficiente, sino que saben quebrar al toro, burlarlo, controlar su propio miedo, sin los que se convierten en centro de admiración. Pero también existe una autodemostración privada, a veces independiente de la opinión ajena, algunos confiesan que les gusta medirse con el toro, sentir el peligro de su inmediatez, aunque esa relación sea solamente aparente, apoyado en la barrera, dispuesto a subirla en el momento en que el toro aparezca a media distancia.

El festejo dura de una y media a dos horas, aunque antiguamente pudiera durar hasta tres. Normalmente se corre un sólo animal. Una vez que las bolas se han consumido y si no penetra voluntariamente en el toril, se le recoge con un lazo que se lanza a los cuernos, sujetándolo de nuevo al poste para proceder a quitarle el yuguete y llevarlo al chiquero. El animal cuando era alquilado se devolvía a sus dueños, y en el caso de que fuera adquirido, actualmente lo son todos, se procedía a su muerte, la cual nunca se ha realizado de forma pública, ni ha servido de espectáculo más que a algún curioso. Se le separa del tiempo de celebración de la fiesta y se sacrifica en los días siguientes por un matarife, al igual que a otro animal, procediendo posteriormente a su traslado al lugar del despiece. Actualmente se emplea un tractor, y al toro muerto se le coloca en el extremo de una pala mecánica, desde la que balancea su cabeza y salpica de sangre el recorrido. A este desplazamiento no se le presta la mínima atención a pesar de que se desarrolla a plena luz del día.

Mora de Rubielos se ha dado en llamarse "La Villa del Toro Embolado", otorgándose unas atribuciones

que los pueblos vecinos con frecuencia critican. Este lema ha sido inscrito en adhesivos que pueden verse pegados en algunos coches. La aparición de esta denominación coincide con el intento de convertir este festejo en un punto de atracción turística, y por lo tanto será el sector servicios, y especialmente la hostelería los que más se han beneficiado de esta iniciativa. En estos últimos años han aumentado las tradicionales fechas de celebración del toro embolado, que coincidía con las fiestas mayores de San Miguel (28 a 30 de septiembre) y en algunos casos con las del Pilar y Santa Ursula, así como en fiestas particulares, como podía ser una celebración o un matacerdo en el que se sacrificaba un toro o una vaca. Estas celebraciones se ampliaron a otros días, centrados en fines de semana de los meses de verano; estas organizaciones excepcionales eran promovidas en algunos casos por los vecinos y en buena parte por el propio ayuntamiento. El número mayor de celebraciones fue en 1984, en cuyo verano los propietarios de bares y algún particular, llegaron a potenciar la celebración de este festejo a lo largo de todas las semanas de los meses de Agosto y Septiembre, siendo normalmente un viernes o un sábado. Las repercusiones del incremento de esta celebración ha dado lugar también a que algún sector de los vecinos de Mora fuera perdiendo el interés, dada la transformación de un acontecimiento excepcional en cotidiano, por ello no era extraño contemplar cómo en una noche fría, las barreras llegaban a estar casi vacías de espectadores. En algún caso en que coincidía con las fiestas patronales de algún pueblo vecino, han surgido en éstos, voces de protesta, ya que la confluencia de las celebraciones restaba afluencia de público, contribuyendo al desmerecimiento de la fiesta.

El hecho de que los mayores beneficiarios de este desarrollo hayan sido el sector hostelero puede explicar el que encontremos plasmadas iconografías del toro embolado ligadas al nombre o propaganda de establecimientos. Así, la que fue discoteca la rueda, se anunciaba en pegatinas con el dibujo de una rueda, en la que el eje lo formaba el escudo de Mora con un toro embolado en el centro, y sus ejes se habían sustituido por verdaderas cariátides en bikini. La expresión en este distintivo de la importancia del toro, como centro, asimilado al propio escudo del pueblo, y con una simbología sexual masculina, está fuera de toda duda. Otra discoteca de reciente fundación se ha dado en denominar El yuguete, anunciándose en la fachada que da al pueblo con un gran toro embolado y sobre su puerta, acompa-

ñando el letrero, un yuguete con iluminación roja en el interior de las bolas.

Finalmente se debe señalar, que la mayor parte de los vecinos desconocían la celebración de toros embolados en otros puntos geográficos que no sean los propios del curso del Mijares o lugares vecinos. En el caso de algún periodista local (Pompeyo, 1979; Yo-Gar 1981) que hace referencia a ellos, llegan a considerarlos como posteriores en su origen a los de esta comarca turolense. Lo cierto es que no existen argumentos para defender o atacar la antigüedad de unos sobre otros. Los tres focos independientes en los que se ha conservado han sido Medinaceli, donde se denomina "toro júbilo", Comarca de Cariñena y pueblos vecinos, en donde toma el nombre de "toro de fuego" o "toro de ronda" y en los pueblos del Mijares turolense y castellanense entre los que se encuentra Mora. Sí que se puede afirmar que en los dos primeros focos señalados, el yuguete empleado conserva la forma más primitiva, pero ello es un grado de no evolución y no cronológico. Actualmente asistimos a un proceso de extensión de este festejo alcanzando lugares, como la capital zaragozana, lo cual merece las críticas airadas de más de algún aficionado taurino (Jipson: 1979).

BIBLIOGRAFIA

- ABAD, M.^a C.; HIGUES, M.^a I. de y SANCHEZ, M.^a E.: "El toro júbilo de Medinaceli". *III Congreso Nacional de Artes y Costumbres Populares*. Zaragoza, 1977.
- BURILLO MOZOTA, F.: "El toro embolado". *Guía turística de Mora, Gudar, Javalambre*. Teruel, 1981; pp. 50-54.
- COSSIO, J. M.: *Los toros*. Madrid, 1972.
- GUILLAMON, V.: "El toro júbilo". *Viajar*, n.º 17. Madrid, 1978.
- JIPSON, J.: "El toro de fuego". *Heraldo de Aragón*. 30-IX-1979.
- MARVIN, G.: Una orientación para una interpretación antropológica de la fiesta del "toro embolado". *Kalathos 2*. Teruel, 1982; pp. 157-175.
- MIRA, J. F.: Toros en el Norte Valenciano: Notas para un análisis. *Temas de Antropología Española*. Akal editor. Madrid, 1976; pp. 107-129.
- MONZON, J.: "Teruel. Tradiciones, Genes, Costumbres". Zaragoza, 1984.
- POMPEYO: "El toro de fuego". *Heraldo de Aragón*. 4 de julio. Zaragoza, 1979.
- SANCHEZ DRAGO, F.: "Medinaceli: Un rito arcaico. El júbilo del toro". *Cambio 16*, n.º 5. Madrid, 1979; pp. 26-31.
- SANCHEZ SANZ, M.^a E.: "Fiestas de toros y fuego en el Sistema Ibérico". *Narría*, n.º 5. Madrid, 1978; pp. 26-31.
- VAL-CARRERES, C.: "Lesiones que se producen en la lidia del toro de fuego". *Boletín Informativo de la Excma. Diputación Provincial de Teruel*, n.º 56. Teruel, 1979; pp. 47-48.
- YO-GAR: Un "toro embolado" especial: El de la Víspera de San Miguel. *Guía turística de Mora, Gudar, Javalambre*. Teruel, 1981; p. 70.